



HUITZILIHUITL.

SEGUNDO REY MEXICANO.

(Tomado de la Crónica del Padre Durán.)

HUITZILIHUITL.

SEGUNDO REY DE MEXICO.

L.

UN puñado de hombres encerrado en la estrechez de una isla del lago, apenas ensanchada por los terraplenes y por los canales que en tiempo de Acamapichtli se comenzaron á formar; una ciudad sola, habitada por ese puñado de hombres, desnudos, puesto que su traje se reducía á algunas telas hechas con el filamento del magney, y cuya forma y tamaño eran los indispensables para andar con alguna decencia; un puñado de hombres, decimos, agobiados por los tributos que de ellos exigian los tepanecas, viviendo en un clima malsano, en el que reinaban las fiebres paludianas; pobres, humillados, pero guardando en sus corazones la

esperanza de crecer, de extenderse, de llegar á dominar á sus mismos dominadores, á tomar del destino la revancha que les debia por sus largos años de peregrinacion y de esclavitud; puñado de hombres que, débiles y fugitivos, habian logrado permanecer, independientes si tributarios, en medio de un reino en donde, por decirlo así, los habian enclavado sus antecesores, tal fué la herencia que Huitzilihuitl * recogió de su padre Acamapichtli.

Este rey antes de morir convocó á la nobleza de su pueblo, le recomendó el bien público, y le devolvió la corona para que eligiera al que creyese mas digno de llevarla.

Muerto el rey, la nobleza se congregó para arreglar cuál debia ser el número de electores, y en estos trabajos preparatorios trascurrieron cuatro meses.

Para evitar que en lo de adelante hubiera este interregno, crearon cuatro electores cuyo empleo no era perpétuo, sino que terminaba en la primera eleccion que hacian; y la nobleza nombraba inmediatamente á otros, ó revalidaba el mandato de aquellos; de ahí es que, desde la eleccion de Huitzilihuitl, el trono no quedaba vacante sino el tiempo estrictamente indispensable para que los mandatarios del imperio eligiesen al sucesor.

Los electores, sin embargo, no tenian un poder absoluto, pues para impedir las perturbaciones que podia atraer la ambicion, establecióse por ley que del emperador muerto debia ser sucesor uno de sus hermanos; á falta de estos, uno de sus sobrinos; y de no haberlo, uno de sus primos. Los electores podian escoger entre uno de ellos, aquel á quien quisiesen.

Aceptado el principio monárquico, y teniendo en cuenta el carácter belicoso de aquella raza, no es posible dejar de admirar la cordura de la ley que acabamos de citar. Porque, en efecto, haber dejado á los electores un poder discrecional para escoger el sucesor al trono, habria sido abrir la puerta

Huitzil-ihu t', pluma de chupamirto, pluma preciosa.

á las intrigas, á la baja aspiracion de algun pretendiente, á la fortuna del mas audaz ó del mas fuerte; y habria sido entregar á la anarquía y á la ruina aquel naciente imperio, que mas tarde, gracias á la fidelidad con que respetó esa ley, pudo engrandecerse hasta llegar á ser el amo de aquellos de quienes fué el esclavo.

Hay otro rasgo que llama la atencion, por el pueblo y por la época en que tuvo lugar. Acamapichtli, hemos dicho, restituyó la corona á aquellos que se la dieron; no eligió á su sucesor como pudo haberlo hecho; sucesor que habria aceptado el pueblo, porque vendria de un rey que le fué querido, y á quien, como á los demas, los mexica creian que era la imágen de su dios. Pero Acamapichtli, rey hábil, puesto que pudo conservar á su pueblo en medio de sus enemigos, y sentado, como se sabe, en tierras extranjeras, no quiso abusar de su posicion ni de su autoridad; y respetando la soberanía de sus compatriotas, les devolvió el poder para que ellos escogieran al mas digno.

Nombrados los electores, se reunieron, y el mas entrado en años les dijo:

—Por parecerme que soy el mas anciano y viejo de los que aquí estamos congregados, me tomo la licencia de hablar primero; y lo que os quiero decir ¡oh mexicanos! es: que ya veis que nuestro rey y señor ha muerto, y así es razon que penseis bien quién será electo en cabeza de esta ciudad, que tenga piedad de los viejos, y de las viudas y de los huérfanos, siendo padre de esta república, pues nosotros todos somos las plumas de sus alas, las pestañas de sus ojos y las barbas de su rostro. Mirad, mexicanos, á quién os inclináis, para que tenga el mando y señorío y se asiente en el trono real de este reino, y nos defienda y ampare de nuestros enemigos; porque muy en breve, segun el aviso de nuestro dios, nos serán menester las manos y el corazon animoso; por esto es muy justo que considereis y mireis con cuidado quién tendrá valor para ser esfuerzo de nuestros brazos, poniendo el pecho con libertad y sin cobardía á la defensa de nuestra ciu-

dad y de nuestras personas, y que no amengüe ni abata el nombre de nuestro dios ni el de nuestras buenas intenciones, sino que como semejanza suya, le defienda ensalzando su nombre y haciendo conocer á todo el mundo que la nacion mexicana tiene valor y fuerza para sujetarlos á todos y hacerlos vasallos y tributarios.

Tal es la arenga que Torquemada pone en boca del elector. Clavijero la trae como sigue:

—Mi edad me da derecho de hablar el primero. Grande es, ¡oh nobles mexicanos! la desgracia que hemos experimentado con la muerte de nuestro rey, y nadie debe llorarla mas que nosotros, que éramos las plumas de sus alas y la pupila de sus ojos. Tan gran desventura debe parecernos mucho mayor por el estado calamitoso en que nos hallamos, bajo el dominio de los tepanecas, con oprobio del nombre mexicano. Vosotros, pues, á quienes tanto urje el remedio de las presentes calamidades, pensad en elegir un rey, que cuide del honor de nuestro poderoso dios Huitzilopochtli, que venga con su brazo las afrentas hechas á nuestra nacion, y que ponga bajo la sombra de su clemencia á los huérfanos, á las viudas y á los ancianos.

Hállase en el acto una notable diferencia entre los dos discursos. Y decimos notable, no parando la atencion en que segun Torquemada, los epítetos *plumas de sus alas, pestañas de sus ojos*, se refieren al rey que se trata de elegir, mientras que segun Clavijero, se aplican al rey que falleció; sino á que Torquemada hace decir al elector que *la nacion mexicana tiene fuerza para sujetarlos á todos y hacerlos vasallos y tributarios*, en tanto que segun Clavijero, el elector desea que el príncipe venga con su brazo las afrentas hechas á nuestra nacion.

Entre ambos discursos, sin duda que es mas admisible el que escribe Clavijero, Prescindiendo de la autenticidad que tengan ó dejen de tener, las palabras que cronistas ó historiadores atribuyen á alguno de los personajes antiquísimos, la verdad es que esas palabras deben revelar el espíritu de

una época, el estado de un pueblo, y el carácter de una nacion.

Ahora bien; si los mexicanos se hallaban, como es cierto, en un estado de humillacion, de pobreza, de miseria tan excesivas, que no les permitia emprender, como mas tarde lo hicieron, ensanchar su territorio ni su poder; si vivian bajo el yugo del tributo, que por estar muy débiles pagaban al rey de Atzacapotzalco, ¿cómo es posible que un elector del imperio, miembro de la nobleza, y á quien debe suponerse con el conocimiento de aquella situacion política, dijera que *la nacion mexicana* tenia entonces FUERZA para sujetar á sus enemigos y hacerlos sus vasallos y tributarios?

Esto apenas pudiera haberlo dicho alguno de sus sucesores.

El discurso que inserta Clavijero, es sin duda mas aceptable, tiene mas del espíritu de la época, es una pintura mas fiel del estado en que se hallaban los mexica, y por lo tanto encierra mas verdad histórica que el de Torquemada.

El consejo de los electores votó por Huitzilihuitl; y anunciada la nueva al pueblo, que reunido esperaba el resultado, la recibió con sumo regocijo.

Dirigiéronse el pueblo y los electores á la habitacion del nuevo soberano, y le condujeron al *Tlatocacipalli*, ó sea trono, en el que le hicieron tomar asiento.

El gran sacerdote le ungió con una especie de tinta, y le roció cuatro veces con agua, bendita segun su religion, sirviéndose para ello de unas ramas de cedro, de sauce y de maíz.

Una vez ungido, pusieronle el *copilli*, ó corona, y uno por uno le fueron prestando homenaje y obediencia.

Despues, uno de los personajes de mas alta gerarquía, le dijo:

—No os desanimeis, generoso jóven, con el nuevo cargo que os hemos impuesto, de ser jefe de una nacion encerrada entre las cañas y juncos de este lago. Desventura es, sin duda, tener un pequeño Estado establecido en distrito ageno,

y regir una nacion que siendo en su origen libre, ha llegado á ser tributaria de los tepanecas. Pero consolaos, sabiendo que estamos bajo la proteccion de nuestro gran dios Huitzilopochtli, cuya imágen sois, y cuyo lu ar ocupais. La dignidad á que habeis sido elevado por él, no debe servir de pretexto para daros al ócio y á la holgura, sino mas bien de estímulo para el trabajo. Tened siempre á la vista los nobles ejemplos de vuestro gran padre, el cual no ahorró fatiga alguna para promover el bien de su pueblo. Quisiéramos ¡oh señor! haceros regalos dignos de vuestra persona; mas pues no lo permite la condicion en que nos hallamos, dignaos recibir nuestros deseos, y las promesas de nuestra constante fidelidad.

Así es el discurso como lo trae Clavijero. Ponemos en seguida el de Torquemada:

—Valeroso mancebo, rey y señor nuestro, no perdais el huelgo y aliento con el nuevo encargo de ser guía de este reino metido entre la aspereza de cañaverales, espadañas y juncias donde estamos bajo el amparo de nuestro dios Huitzilopochtli, cuya semejanza sois en la tierra. Bien sabeis, señor, el sobresalto en que vivimos, y trabajos que padecemos con estar en términos ajenos, siendo tributarios de los de Atzacapotzalco: tráigooslo á la memoria, no porque entienda que lo ignorais, pues es cosa tan notoria y de tanta afrenta para este pueblo mexicano, sino para que cobreis nuevo ánimo, y no penseis que entráis en esta honra y os sentais en esta silla para descansar; antes os ponemos en ella para que trabajéis, pues no tenemos otra cosa que ofreceros, ni con que os regalar, sino con la pobreza y miseria con que reinó vuestro padre, la cual sufrió y toleró con mucho ánimo y corazon.

Nótase, si no en el sentido, sí en las frases de ambos discursos una cierta diferencia; pero esto puede ser el resultado, ó bien de cómo lo refirió á cada autor la tradicion, ó bien de que, al traducirlos de algun geroglífico, sufrieron alteracio-

nes, hijas de la poca versacion que entonces se tenia en descifrar los caracteres de la escritura azteca.

Pero comparando ambas arengas, indudablemente que la de Torquemada expresa, mas que la de Clavijero, la miserable situacion en que se encontraban los mexica; y entonces, menos se comprende cómo aquel autor pudo aceptar en el discurso que el noble dirigió á los electores antes de nombrar rey, aquella frase que ostenta la FUERZA de los habitantes del lago para dominar á sus enemigos y tiranos, cuando el mismo Torquemada, así al referir el reinado de Acamapichtli, como en el discurso que acabamos de insertar, describe la triste condicion de aquellos pueblos.

II.

Diez y siete ó diez y ocho años tenia Huitzilihuitl cuando le eligieron rey; y queriendo dar mas respetabilidad al trono, sus súbditos resolvieron casarle, y él les dió su beneplácito para que fueran unos embajadores á Atzacapotzalco, y pidieran á Tezozomoc una de sus hijas.

Este hecho que á primera vista parece tan sencillo, llevaba en sí una gran mira política.

Tributarios los mexica de los de Atzacapotzalco, abrumados bajo el peso de su debilidad, natural era que procuraran levantarse; y para conseguirlo, apelaron al medio de que su soberano contrajera una alianza de familia con el rey á quien pagaban pleito homenaje; pues de este modo podrian lograr que se disminuyeran las cargas que sobre ellos gravitaban, y podrian, andando el tiempo, libertarse para siempre de la dominacion extranjera.

Partieron los embajadores, y una vez en presencia del rey, y puestos de rodillas ante él, le expusieron así el motivo de su mision:

—Señor nuestro y rey poderoso: aquí somos venidos y ante tu grandeza postrados por tierra con toda humildad posible, á pedirte y suplicarte una grande merced; porque, señor, ¿á quién hemos de acudir sino á tí, pues somos tus vasallos y siervos, y estamos esperando tus mandamientos reales, colgados de las palabras de tu boca, para cumplir todo lo que tu corazon quiere; y esto supuesto, ves aquí, señor, la embajada con que hemos venido de parte de tus viejos y ancianos mexica; y con el beneplácito de tu hijo y criado el rey de México, metido entre aquellas espadañas y carrizales espesos, rigiendo y gobernando, y mirando por sus vasallos, que se llama Huitzilihuitl, el cual es soltero y por casar: pedímoste con la sumision y humildad que debemos, que dejes de la mano una de tus joyas, y pluma rica y preciosa, que son tus hijas, para que vaya, no á lugar ageno, sino á su misma tierra, donde tendrá el mando de toda ella. Por tanto, señor, te suplicamos que no nos prives de lo que tanto deseamos.

El espíritu se fatiga, siguiendo, por decirlo así, esas genuflexiones del lenguaje, que revelan, ó la degradacion de todo un pueblo, ó la política que con conocimiento de su nulidad tiene que seguir el débil, para poder un dia medir sus miembros con el fuerte. La historia comprueba que el segundo extremo es el verdadero, puesto que mas tarde, los dominados fueron los amos de sus antiguos señores.

Tezozomoc respondió así:

—Hánme conmovido tanto vuestras palabras y humildad, oh mexicanos! que no sé qué os responda, sino que ahí están mis hijas y que para eso las tengo, y para eso tambien fueron criadas del señor de todo lo criado; y así condescendiendo á vuestros ruegos, os quiero señalar una de ellas cuyo nombre es Ayauheihuatl: llevadla mucho enhorabuena, y dadla á vuestro rey por mujer: que yo con esa intencion la envío.

Lleváronla los embajadores en gran triunfo hasta la ciudad del lago; y allí se celebró el casamiento, con la acostum-

brada ceremonia de atar á los novios entre sí por las extremidades de sus ropas.

De este matrimonio nació Acolnahuacatl, cuyo fin trágico referiremos despues.

Huitzilihuitl supo regir á su pueblo con cordura; y el pueblo, para engrandecerlo mas, nombró á Cuatlecohuatzin su hermano, *Tlacocheacatl Yaotequihua*, ó sea capitán general de los ejércitos, que en la organizacion política de la monarquía, era la segunda persona del reino.

Huitzilihuitl no solo prosiguió la obra de su padre, haciendo construir de piedra las habitaciones de la ciudad, y continuando la apertura de los canales, sino que para hacer simpática á su nacion, para atraerse las voluntades de otros pueblos, para crear intereses que les fueran comunes y le sirviesen algun dia para el engrandecimiento del entonces miserable reino, promovió y protegió eficazmente los matrimonios entre sus súbditos y los de otras naciones. Y para que los mexica se adiestrasen en el arte de la guerra, no solo en tierra sino en el agua, hizo construir un gran número de canoas, en las que los hombres aptos para llevar las armas, se ejercitaban haciendo simulacros de combates navales, digamos así, y los obligaba ademas, á hacer exploraciones que les dieran á conocer minuciosamente la configuracion de los lagos, para sacar de ellos todo el partido posible en caso de una guerra.

La idea de fortalecer á su pueblo, y de prepararle un porvenir por medio de alianzas de familia, dominaba su ánimo; y esa idea fué la que lo hizo mandar embajadores á Cuauhnahuac, * á pedir al rey Texacoahuatzin, á una de sus hijas para esposa.

Los mensajeros, siguiendo las instrucciones de su rey, no solo le pidieron á una hija, sino que le dijeron que Huitzilihuitl era ya casado con una del rey de Atzacapotzalco; y el de Cuauhnahuac no vaciló en darle á su hija puesto que el

* Cuernavaca.

mexicano estaba ya ennoblecido por su alianza con el tepaneca.

La nueva esposa se llamaba Miahuaxochitl, y de ella nació Motecuhzoma *Ilhuicamina*.

En aquellos tiempos, Tzompan, señor de Xaltocan, se rebeló contra Techotlala, rey de Acolhuacan.

Uniéronse á Tzompan los señores de Mexitlan, de Otompan, de Cuahuacan, de Cuauhtitlan y de Tepotzotlan.

Techotlala, queriendo evitar la guerra, prometió el perdón á los rebeldes; mas estos, viéndose fuertes con el gran número de tropas que tenían, despreciaron la clemencia de su soberano.

Techotlala, forzado á aceptar el reto, llamó en su ayuda á los mexicanos y á los tepanecas: y despues de una campaña obstinada que duró mas de dos meses, Tzompan y sus parciales fueron vencidos, y pagaron con la vida su rebelion.

Los mexicanos volvieron llenos de gloria á su ciudad.

La fama que adquirieron en la guerra y la nueva alianza con el rey de Atzacapotzalco, contribuyeron á vigorizar su situacion política.

Por otra parte, su comercio tomó creces, y sus usos domésticos se mejoraron, tanto por el aumento del tráfico, cuanto porque desde la llegada de Miahuaxochitl, comenzaron á vestirse de algodón, sustituyendo con telas comparativamente muy finas, las groseras de hilo de maguey ó de palma con que se vestian.

Todos estos adelantamientos, tuvieron lugar durante ocho años de paz que hubo entre los mexica y los tepanecas.

III.

Mas ese progreso, tal vez lento pero seguro, fué interrumpido por un enemigo que se les levantó del seno de la misma familia reinante en Atzacapotzalco.

Maxtlaton, hijo de Tezozomoc y señor de Coyohuacan, hijo tan ambicioso y cruel que infundia temor á su mismo padre, quedó muy disgustado con el matrimonio de su hermana Ayauhcihuatl con Huitzilihuitl, quien, aunque desde que nació Acolnahuacatl, ya no pagaba, por intercesion de su esposa hija de Tezozomoc, las cargas con que tanto tiempo estuvieron abrumados los mexica, siempre quedó como feudatario de Atzacapotzalco, y debia presentar cada año al rey tepaneca, dos ánales en reconocimiento de vasallaje.

Maxtlaton disimuló por algun tiempo su ódio y su rencor; pero queriendo manifestarlo, en el décimo año del reinado de Huitzilihuitl, fué á Atzacapotzalco, reunió á la nobleza, acusó ante ella á los mexica de orgullo y de soberbia, les manifestó el mal que á los tepanecas podria resultar de la arrogancia de aquellos hijos del agua, y sobre todo, se quejó del perjuicio que á él le hizo Huitzilihuitl quitándole á su mujer.

Dicen los historiadores que aunque Ayauhcihuatl y Maxtlaton eran hermanos, lo eran de distintas madres, y que quizás entonces eran lícitos esos enlaces entre los tepanecas.

La nobleza, reunida como dijimos, á instancias de Maxtlaton, y excitada por él, resolvió llamar á Huitzilihuitl para reconvenirle.

El rey de México fué al llamado que le hicieron, cosa que, segun los cronistas, no debe extrañarse, porque en aquella época era costumbre que se visitaran los señores y los reyes.

Maxtlaton le recibió rodeado de la nobleza tepaneca, le dió de comer, le hizo algunos regalos, y despues le dijo en presencia de los que con él estaban de acuerdo:

—No sé, Huitzilihuitl, cómo has tenido atrevimiento de tenerte usurpada á mi mujer tantos años como ha que la llevaste de esta ciudad á la tuya, en lo cual has cometido una gran culpa contra mí; pues siendo mi mujer, te atreviste á recibirla por tuya, haciéndome traicion en ello; y por esto, no solo yo, sino todos los que están presentes te hallan digno de muerte, y son de parecer que por ello mueras.

Huitzilihuitl, que estaba inocente del hecho, protestó diciendo:

—Por cierto, señor, que es una demanda que jamas entendí, ni oí; porque la verdad del caso es, que vuestro padre y mi señor Tezozomoc me dió á Ayauhcihuatl su hija por mujer, á la cual he poseido todos los años que ha que está conmigo, y la he tenido por legítima y verdadera, sin saber ni entender que fuese de otro; ni tampoco presumo que el emperador mi señor la hubiera dado á nadie, que á ser así, ello se hubiese dicho y manifestado; y en confirmacion de que es mia y no agena, tengo un hijo que me ha parido, que es prenda de esta verdad que confieso; y no sé si diga que mi padre, antes que muriera quiso tratar este casamiento con el vuestro; pero prevenido y atajado de la muerte, lo dejó; y despues que yo le sucedí en el reino, mis vasallos lo pusieron

en ejecucion como á mi padre se lo oyeron, y esto es lo que sé, y no otra cosa.

Maxtlaton le respondió lleno de ira:

—Bien podria imponerte silencio y darte muerte aquí mismo, y así quedaria castigada tu temeridad y vengado mi honor; pero no quiero que se diga que un príncipe tepaneca mata á traicion á su enemigo. Anda por ahora en paz, que el tiempo me ofrecerá la ocasion de tomar de tí venganza mas decorosa.

Huitzilihuitl se fué furioso y despechado.

Maxtlaton, que sentia un ódio terrible contra Huitzilihuitl, ódio cuya verdadera causa era el temor que tenia, de que con el tiempo, Acolnahuacatl fuese el heredero de su abuelo Tezozomoc, resolvió librarse de su sobrino, y lo consiguió valiéndose de infames asesinos.

No hay historiador ni cronista, que refiera pormenores de la trágica muerte de Acolnahuacatl, pero el hecho es indudable; y todos están contestes en que si Maxtlaton no consintió en el atentado, tampoco lo reprobó.

Huitzilihuitl, rey hábil, pero rey de un pueblo pobre y débil, que no tenia las tropas necesarias para vengarse, tuvo que sufrir en silencio el terrible golpe que le dió Maxtlaton.

IV.

Mientras tanto, los mexicanos seguian progresando.

Habian extendido su agricultura, aumentado su pesca y multiplicado los huertos flotantes en el lago.

En este estado de adelantamiento los encontró el año 1493 de la era vulgar, que correspondió al ome Acatl de su calendario, sexto secular desde la salida de los mexica del país de Aztlan.

Celebraron, pues, esta fiesta secular con mayor aparato que las anteriores.

Era esa fiesta la mas grandiosa de las que tenian aquellos pueblos, despues de cada cincuenta y dos años.

La última noche de su siglo, quebraban toda su vajilla, y apagaban el fuego en los templos y en sus casas.

El espíritu supersticioso que los dominaba, les hacia temer el fin del mundo al acabarse cada siglo.

El pueblo, aterrorizado, vacilaba entre el temor de que concluyera el mundo y la esperanza de un nuevo siglo, si los sacerdotes llegaban á encender el fuego en el monte de Huixachtla, cerca de Ixtapalapan. *

A ese monte se dirigian los sacerdotes vestidos como sus

* Conocido hoy por el cerro de la Estrella ó de Ixtapalapan.